

cuál se denotaba la imposibilidad de probar filosóficamente la inmortalidad del alma.

El cristianismo pasivo y contemplativo, con una esperanza de vida mejor después de la muerte, estaba en contradicción, como bien se puede suponer, con las ideas e individualismo y de antigüedad de los italianos. Maquiavelo dice expresamente que el cristianismo es dañoso para el Estado e inútil para su libertad.

Dice Burckhardt que la combinación de toda esta mezcla de sentimientos religiosos, paganos e individuales, puede llamarse « deismo o teísmo », aunque es preferible emplear la expresión « teísmo », porque « deismo » parece la negación de la divinidad. El « teísmo » se reconoce en una más positiva y elevada devoción hacia el ente divino, que la Edad media no había conocido. Esta devoción no excluye de ninguna manera al cristianismo y puede en cualquier tiempo conciliarse con doctrina sobre el pecado, la redención y la inmortalidad. Pero puede también existir sin ellas. Se manifiesta con un color medio pagano; ve en Dios el ser omnipotente, que es la meta del cumplimiento de todos los deseos.

El mismo autor dice que un centro de teísmo fué la Academia platónica de Florencia y que Lorenzo el Magnífico la profesó abiertamente, aunque al final de la vida se declaró creyente de los dogmas cristianos.

III

FORMAS POLÍTICAS Y EVOLUCIÓN DE LOS ESTADOS ITALIANOS

Hemos considerado hasta ahora la significación del Renacimiento en Italia, las formas y las costumbres sociales que imperaron a raíz de su advenimiento; examinaremos

ahora las formas políticas que vemos desarrollarse en Italia en esa época histórica; aquí dando la idea general de esas formas, las explicaciones de cada una de ellas, y después detallando la evolución de cada Estado italiano, y dentro de la evolución de cada uno se podrá ver cómo se reflejan estas formas de que hablamos. Sólo estudiaremos los principales Estados, y así solamente es factible, porque de querer profundizar completamente la historia de Italia en esta época, nos llevaría necesariamente a analizar cada una de las ciudades en particular, porque cada ciudad tiene entonces su historia y su evolución propias. Por otra parte, un estudio de tal extensión no nos reportaría mayor beneficio. La idea del Estado político y social de Italia en el Renacimiento lo hallaremos fácilmente examinando los principales Estados y teniendo especialmente en cuenta las particularidades de los italianos en esos siglos. Creemos, en efecto, que cualquier persona que de improviso se hallase frente a un libro de historia que le relatase los acontecimientos políticos de la época sin haberle previamente hecho conocer el carácter propio de todos y cada uno, porque el individualismo exaltado estaba en el alma de cada italiano, de los habitantes de la península itálica, se hallaría perplejísimo para poderse explicar el por qué de semejante división en Italia, división que si bien se ve aún en otros países del continente europeo, aparece marcada con una fuerza tan grande en Italia, que realmente sorprende. Pero para nosotros que hemos examinado las ideas de los italianos del Renacimiento, su intelectualidad, su moral, su amor a la independencia, el convencimiento de la importancia de su personalidad, no nos sorprende el estado de división de Italia. Bien al contrario; nos sorprendería, después de haber examinado esa idiosincrasia tan particular e interesante, hallar una unidad, ni siquiera perfecta sino

simplemente ligera, en Italia. Eso estaría en perfecta contradicción con las ideas individuales.

Se ha dicho que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Nosotros expusimos ya nuestro convencimiento determinista de que no se puede culpar a un pueblo de haber sufrido en determinada época una forma que hoy reputamos inferior, de gobierno, pero teniendo en cuenta ese dicho particular, lo adaptaríamos a esta época de Italia, diciendo que cada pueblo tiene el gobierno que su carácter general le obliga a tener. Imposible hubiera sido en efecto a esa personalidad individual esencialmente latina que caracterizó a los hombres del Renacimiento, conciliar con sus tendencias personales un gobierno que les obligase a sofrenar el afán de preponderancia individual que en ellos pujaba por manifestarse en todas formas. ¿Y qué mejor campo para desarrollo de esas tendencias que la política?

Dejemos, pues, bien establecido que, a nuestro juicio, hay una perfecta concordancia — diremos consecuencia — entre las formas de gobierno y las formas de la individualidad en la época del Renacimiento en Italia.

Estas ideas que acabamos de exponer nos obligan nuevamente a recordar al lector de tener presente lo que se dijo sobre los tiranos. El tirano ha tenido en esta parte de Europa una importancia de la cual es preciso comprobarse, si se quiere comprender la causa de muchos hechos y las formas de gobierno.

En primer lugar no todos los tiranos han sido iguales, considerándolos tanto en el tiempo como en calidad. El tirano del siglo XIV es diferente del tirano del siglo XV. Y dentro de los tiranos del siglo XV, hay tiranos fuertes y otros menores. Es, pues, imprescindible conocer las características de estos distintos grupos de tiranos.

Un punto característico de los tiranos del siglo citado en primer lugar, es la necesidad que tienen estos tiranos de mantener constantemente fuertes impuestos para llevar a cabo sus designios. Estos tiranos pocas veces recurrieron a préstamos en los momentos de necesidad; preferían recurrir a un acto feliz de brigandaje u otra maniobra por el estilo. Este tirano cree representar un Estado en todo el sentido, y por eso se preocupa de cuidar de todo: rentas, guerras, caminos, protección de las letras y de las artes, etc. Estos tiranos son de origen ilegítimo; luego, como no podrían alegar derecho alguno a un usurpador, es necesario que se preocupen de mantener su posición por la fuerza y la astucia. Muchas veces, sin embargo, tratan de legitimar una usurpación, obteniendo del emperador un título que legitime su poder; así se sentían más fuertes, pero no se crea que este título dado en tales condiciones lo justificaba ante los ojos de los súbditos. En otro lugar hemos hablado de la absoluta indiferencia que de los títulos se tenía en Italia. El título, es cierto, da una apariencia de gobierno estable, pero ningún *condottiere* ambicioso será detenido en sus proyectos por un título y nadie tampoco se lo reprocharía. Tampoco concedía poder o protección la obtención de un título de esta naturaleza, ya que es conocido el estado precario del emperador que los acordaba. A lo sumo, un título de esta clase servía después de justificativo para poder apoderarse de determinados dominios. Para decir verdad, no necesitaban tal justificativo. Si hubiesen conseguido su objeto valiéndose de su astucia, el pueblo los hubiera aplaudido. ¡Qué papeles ridículos desempeñaban, en cambio, a los ojos de los italianos, aquellos eternos pretendientes de títulos que no tenían ni la fuerza ni la habilidad suficientes para realizar sus pretensiones!

Es natural, entonces, que la necesidad de la fuerza en

estos tiranos para el mantenimiento de su autoridad los haya llevado a cometer excesos sobre sus súbditos. Y así fué; aislado el tirano en su dominio, manteniéndose por el terror que inspira, el pueblo debe satisfacer sus menores caprichos, so pena de sufrir las más terribles consecuencias. Es, pues, necesario que el pueblo le tenga respeto, no sólo por la fuerza, sino también por la pompa y el convencimiento de la superioridad de su amo. La pompa impresiona al pueblo, pero también satisface la vanidad teatral del tirano. ¡Qué decir sino de aquel dogo Agnello de Pisa que solía salir a caballo llevando en la mano un cetro de oro, y luego se exhibía a los ojos del pueblo por la ventana de su palacio apoyado en almohadas y géneros tejidos de oro, haciéndose servir de rodillas como si fuese un rey o un emperador?

De esta clase de tiranos nos ofrece los mayores ejemplos Milán con los Visconti durante el siglo XIV. El famoso por su残酷 Bernabó Visconti llegó al extremo cuando murió su mujer, de comunicar al pueblo de que así como él debía regocijarse de la suerte de su príncipe, debía también acompañarlo en su desgracia y su dolor, debiendo en consecuencia llevar luto durante un año.

Los tiranos del siglo XV se diferencian ya en algo de los de la pasada centuria. En este siglo ha evolucionado la situación de los tiranos. Muchos de los pequeños tiranos y hasta grandes del siglo anterior han desaparecido del escenario. Lo notable de este siglo — principalmente al principio — es la actividad de los *condottieri* para formarse un Estado. Más adelante, algunos lo consiguieron, otros no; pero llegó un momento en que todos los tiranos, aun los que habían sido *condottieri* y habían logrado el poder por esa condición, juzgaron preferible la desaparición de los *condottieri*. Estos tiranos del siglo XV se caracterizan

por sus cálculos y su astucia. Si bien en el siglo anterior la astucia era un arma ponderable y muy usada, en este siglo xv llega a mayor altura en la vida.

Por eso dice Burckhardt, apoyándose en la opinión de autores contemporáneos del Renacimiento, que un tipo como fué Carlos el Temerario es incomprensible para los italianos. Carlos el Temerario, con sus empresas sin utilidad práctica, era para ellos un enigma, y el mismo Carlos, con sus ideas caballerescas, en cambio admiraba profundamente la habilidad de Luis XI. Las características de los grandes tiranos de este siglo tienen mucho de parecido con los del siglo xiv; así la sucesión ilegítima y también su desdén por los títulos. Se nota sin embargo una menor残酷 en los grandes tiranos. Muchos de ellos son admirados y queridos por sus súbditos, tales como Francisco Sforza. En este siglo se ven las últimas tentativas de los *condottieri* para usurpar el poder; con la muerte de Piccinino, que veremos más adelante actuar, se extingue el principal de esos *condottieri*; pero hubo sin embargo más adelante, y especialmente en Roma, algunas tentativas. Así la del capitán Boccolino, bajo el pontificado de Inocencio VIII. Dice el autor citado que el último notable de estos hechos es el del castellano Musso, que consiguió, después de la batalla de Pavía, establecer su soberanía en el lago de Como.

Las mayores残酷s de los tiranos durante este siglo no se producen con los grandes tiranos, sino con los pequeños tiranos; tiranos que actúan sobre porciones reducidas de territorio, sobre una o varias ciudades. Entre estas familias, se citan las de los Baglioni de Perusa, los Malatesta en Rimini, los Pico en Mirandola y Petrucci en Siena.

Para exponer ahora cuáles son los distintos estados y sus formas políticas, daremos la división que presenta el más afamado autor sobre el Renacimiento, Jacobo Burck-

hardt. Considera este autor en un capítulo, las mayores casas principescas y después las repúblicas. En el primer grupo estudia la dinastía aragonesa que sucedió en Nápoles a los Anjou, Milán con Galeazzo María y Ludovico el Moro y luego otros tiranos principescos que reinaron sobre territorios más reducidos : los de Mantua, Urbino y Ferrara, y con el título de república explica a Venecia, Florencia, Siena, Génova y Luca. Explicaremos en primer lugar a las casas principescas menores, y luego detallaremos la historia de las principales repúblicas, así como sus características : Milán, Nápoles, Roma, Florencia, Génova, Venecia, Siena y Luca.

Mantua. Urbino. Ferrara

No dedicaremos mayor extensión al tratar estas pequeñas dinastías, sin dejar por eso de reconocer su importancia en Italia, pues algunas de ellas tuvieron mucha importancia, no sólo en los asuntos políticos de la península, sino porque protegieron muchas de ellas a los artistas y a los literatos, contribuyendo así a la obra cultural del Renacimiento en Italia.

El marqués Francisco Gonzaga, reinaba en Mantua, territorio pequeño pero importante. Este señor era de nobles sentimientos, sentimientos que inculcó a su mujer. Si bien es cierto que en la política usó de los procedimientos habituales de los tiranos, no se le puede reprochar ese modo de acción ; todos los señores, buenos o malos, tuvieron que recurrir a esos medios para mantenerse en sus posesiones. Era inevitable proceder así, porque ante adversarios que usaban de cualquier expediente, no se podía menos que protegerse de ellos en la misma forma. Claro está que esto no significa que debamos aprobar a todos los tiranos por

tales medios; hay también que tener en cuenta, para establecer un juicio sobre la personalidad y moralidad de cada uno de ellos, el objetivo al cual iban dirigidos sus esfuerzos. Algunos usaron de esos expedientes para satisfacer bajos deseos o crapulosas ambiciones, y a éstos debemos juzgarlos severamente; pero aquellos que usaron de tales recursos para salvarse a sí mismos o con objetivos más o menos honorables, no podemos contemplarlos con el mismo criterio que los primeros. Para éstos seguir una política honesta, era condenarse a la derrota; todos lo sabían, y nadie tendría el pensamiento de obligar a un hombre a dejarse vencer en una época de corrupción política por no usar de medios que eran corrientes.

Fué esta casa una gran protectora de las letras y de las artes.

Urbino tenía en Federico (1444-482), de la familia de los Montefeltro, un príncipe de excepcional valor. Se diferencia de otras cortes por el orden que allí reinaba. Amanante al extremo de la disciplina, se puede decir que su corte no era corrompida como la de otros estados. Tampoco trató de presionar al pueblo; lejos de ello, trató de hacer su vida mejor y más fácil. Príncipe extremadamente afable y bueno, se codeaba con todos y con el más humilde de sus súbditos. Por eso no extraña que le gritaran: «¡Dios te guarde, señor!». También fué protector de las artes, pero no hubo las exageraciones que se ven en otros protectores de las letras.

Su hijo Guidobaldo dejó a Urbino a Francisco María, sobrino del papa Julio II, cuya actuación tendremos ocasión de ver cuando examinemos la liga de Cambrai y la política de Julio II. Los de Urbino, que fueron buenos políticos, comprendían que el pueblo tanto más los quería cuan-

to menos lo hiciesen sufrir; por eso vemos a Guidobaldo retirarse ante César Borgia, y Francisco María frente a León X. La corte de Guidobaldo fué de mucha cultura.

En Ferrara, Módena y Regio estaba la familia de los Este. Dentro de la familia hubo una serie de discordias y desgraciados acontecimientos.

Con respecto al tratamiento que dieron a sus súbditos, fué bueno. Nicolás V deseaba que su pueblo se enriqueciera. Ferrara — la primera ciudad moderna de Italia — era admirable por su organización y por su bien concebido gobierno. Era el orgullo del duque que se supiese en toda Italia que en Ferrara los soldados recibían sus salarios exactamente, sus honorarios los profesores en el día fijado, que los soldados no podían cometer ningún abuso y que Ferrara era intomable y que en su castillo había un gran tesoro en dinero.

Los príncipes que sucedieron al citado Nicolás, fueron : Borso (1430), Ercole I (1505) y Alfonso I (1534). La evidente situación peligrosa por su poca defensa natural hizo que los duques fuesen hombres políticos hábiles, y no repetiremos otra vez, porque no se ha de juzgar a los gobernantes por su sola actuación política.

Los duques de Ferrara fueron estimados y respetados por la población. Nos lo demuestra el caso de un ferrarense que había hablado mal de Borso (1430), que fué castigado por el tribunal y por poco no fué muerto delante de los jueces por un ciudadano. Distinguióse también la familia de Ferrara por su protección a las artes y a las letras y la hospitalidad que era fama en ellos.

Siena y Luca

La república de Siena, aunque próspera en la industria y en las artes, tenía vicios fundamentales. Dentro de ella también tuvieron lugar los desórdenes que estaban a la orden del día en toda Italia.

Luca, poca importancia tuvo también en Italia durante el Renacimiento. En las primeras decenas del siglo xv detuvo el poder la familia Guinigi.

Un historiador de esa ciudad ha dejado un documento detalladísimo de esa época de la ciudad de Luca, en el cual vemos cómo se hacía para impedir que se reuniese la Asamblea general del pueblo (*Consiglio generale*), que se substituyó por una comisión permanente compuesta de los partidarios de la casa reinante en número de diez o diez y ocho. También habla el autor de ese documento — Juan di Sercambi — de los inconvenientes creados por los *condottieri* y de la miseria.

San Marino

Es la más ilustre y la más inocente de las repúblicas. Consiste en una ciudad procedente de un ermitaño del siglo v en el monte Titán de la Romaña. Se sostuvo en medio de las luchas de los papas. Pío II, como recompensa de su ayuda en sus luchas, le dió los castillos de Serraballo, Faetano, Mongiardino y Fiorentino, aunque no tardó en volver a su Estado primitivo. César Borgia la ocupó durante sus guerras. Se independizó y se ha conservado independiente hasta nuestros días.

Milán

Milán, república italiana situada al norte de Italia, fué poco después del fin de la casa de Suavia ocupada por los Visconti, y de tal suerte, considerada esta familia como señores perpetuos de Milán. Después que Otón Visconti (arzobispo) encerró a sus parientes en jaulas de hierro en el castillo de Beradello de Como y se hizo proclamar señor perpetuo de Milán, la más grande de las repúblicas lombardas se convirtió en un principado que los Visconti supieron mantener en la familia y engrandecer a costa de los señores pequeños que rodeaban a Milán.

El fundador de esta dinastía, diremos así, manifestó como hemos visto, su carácter cruel al tratar en forma tan dura a sus parientes; sus sucesores, lejos de manifestar un mejor carácter, fueron aún más crueles.

Ciñéndonos a nuestra época de estudio, consideraremos en primer lugar a Bernabé y Galeazo Visconti sucesores en los dominios milaneses de Juan Visconti, tío de ellos. Estos dos personajes vieron disminuir sus posesiones y formarse contra ellos la liga de Viterbo iniciada por el cardenal de Albornoz, en la cual también entraba el papa Urbano V, que se proponía restituir la dignidad a la iglesia. El papa se enemistó con Bernabé, excomulgándolo. Es entonces que manifestó este Visconti su carácter despiadado; cuando recibió las bulas de excomunión en el puente de Lambo, obligó a los frailes portadores de ellas a comerse los pergaminos, a no ser que quisieran beber el agua del río. Bernabé era un personal enemigo de la iglesia. En otra ocasión expuso a los embajadores del papa a las burlas del populacho, haciéndolos pasear en medio de la ciudad vestidos de blanco.

Después de la excomunión, renovó sus suplicios con los frailes; a uno le hizo taladrar las orejas, a otro lo hizo asar en la parrilla.

Este despiadado personaje tuvo libre campo para sus ferocidades, una vez que el papa, renunciando a sus pretensiones de hegemonía de Italia, se retiró a Aviñón. A todo aquel que se había apropiado de una pieza de caza lo hacía morir en tormento, cualquiera fuese su condición. A un joven que había soñado cazar una liebre le hizo saltar un ojo y cortar una mano.

Igual carácter tenía su hermano Galeazo II, residente en Pavía, inventor del suplicio de la cuaresma que, como su nombre lo indica, era un suplicio que duraba cuarenta días. Consistía en cortar al condenado en los días impares, un miembro o un pedazo de carne o desollarle la planta de los pies y hacerlo caminar sobre garbanzos.

A pesar de su残酷 favoreció a las letras, protegió a Petrarca, fundó la biblioteca y universidad de Pavía. Estaban en contradicción sus actos y su carácter; sostenía los gastos de diez capillas y ayunaba las dos terceras partes del año, gastando sumas fabulosas para la salvación de su alma y la de sus padres.

Su hijo, Juan Galeazzo, era tan ambicioso como su padre, pero más hábil; se le conoce con el nombre de conde de Vertus, título que le concedió Juan II con la mano de su hija Isabel. Fingiéndose devoto, engañó a su tío Bernabé y lo encerró en un castillo, del cual no salió con vida. De este modo se apoderó de los dominios de los Viscontí, favoreciendo el estado en que se encontraba Milán sus ambiciones; los señores estaban humillados, el clero contribuía a las cargas públicas y el pueblo se había olvidado por completo de sus franquicias. En un principio manifestó

sentimientos pacíficos, pero pronto abandonó esa actitud y llegó a ser el príncipe más temido de Italia, logrando con sus maquinaciones desembarazarse de las dos familias de los Escaligeri y Carrara, y aspiró entonces al poder de Italia.

Pero en su contra estaba Florencia, como protectora de la libertad italiana; para eliminarla, salió Galeazo aliado a varias ciudades italianas en contra de Florencia. Pero esta guerra no le resultó tan provechosa como esperaba, y a ella siguió una paz que fué violada por Juan Galeazo y que fué causa de una nueva liga, llevando la peor parte en ella el tirano milanés. Viendo entonces Galeazo la inutilidad de sus esfuerzos, redujo su campo de acción a Milán.

Para explicarnos el poder de los Visconti, es necesario considerar la manera cómo gobernaban estos tiranos. Gobernaban basados en el poder político que les confiaba la Asamblea del Pueblo. El poder judicial lo tenía el podestá, la administración la tenían el Grande y Pequeño Consejo. Pero estando el podestá obligado a dominar el otro partido, se apoyaba en el reinante, es decir, el partido del príncipe, de tal suerte, que estaba completamente subordinado al tirano. El príncipe, levantando tropas, imponía las cargas a su antojo; siendo vicario imperial ejercía derechos reales — no olvidemos que Juan Galeazo había sido nombrado vicario imperial en Lombardía por el emperador Wenceslao. Contribuía también a aumentar el poder del tirano el hecho de que, siendo éste dueño de diferentes ciudades y no teniendo éstas entre sí ningún vínculo, las empleaba en sus combinaciones las unas contra las otras. De esta manera la tiranía dejaba subsistir las formas republicanas; pero las reducía a su expresión más insignificante.

De todos modos, Juan Galeazo se daba cuenta de lo pre-

cario de su título, y como Milán le producía enormes rentas, consiguió por cien mil florines que el menesteroso emperador Wenceslao le concediera el título de duque de Milán. Sabiendo que el pueblo era afecto a las pompas y que esto le impresionaría más que los suplicios, su coronación fué lujosísima, y el pueblo milanés quedó encantado de su duque. Pero ese título le trajo ciertas incidencias; el conde palatino Roberto, que sucedió a Wenceslao cuando los alemanes depusieron a éste, se comprometió a destruir la soberanía de los Visconti e hizo a tal efecto una expedición, pero tuvo que retirarse vergonzosamente.

Juan Galeazo, que tenía a su servicio a los mejores *condottieri*, recobró varios dominios, e impulsado finalmente por sus ambiciones al poder de toda Italia, sitió a los florentinos. Pero la peste salvó a Florencia, haciendo víctima a Juan Galeazo.

Juan Galeazo fué una de los personajes más influyentes en su época, y a igual que sus antecesores, protegió y fomentó las letras y las artes. En su tiempo se iniciaron la catedral de Milán y la cartuja de Pavía, monumentos que manifiestan su atrevimiento.

Personalmente era cobarde, pero con mucha habilidad política.

Al morir de la peste, Juan Galeazo dejó dos hijos menores: Juan María y Felipe María, entre los cuales distribuyó sus dominios a excepción de dos ciudades, que reservó a un bastardo. Confío la tutela de sus hijos a Catalina Visconti, su viuda, y a diez y siete de los mejores *condottieri*. Como bien se supone, éstos, que eran valientes en la guerra, poca o ninguna habilidad política tenían, y es así que a pesar de los esfuerzos de la viuda, gran parte de los dominios milaneses se emanciparon.

Llegó Juan María a rebelarse contra su madre y a establecer una odiosa tiranía. Facino Cane — capitán de Juan Galeazo — que había quitado el poder a Felipe, hizo otro tanto con Juan María.

Cuando cayó Facino Cane mortalmente enfermo, los milaneses, temerosos de caer nuevamente en las garras del tirano, lo asesinaron.

A su muerte dominaba en Milán el bastardo Héctor Visconti. Pareció entonces despertar Felipe María Visconti. Se casó con la viuda de Facino, y fortalecido así, se apoderó de Pavía y Milán y más aun acrecentó los dominios paternales. Pero Felipe María tenía un carácter versátil y no tenía ningún reconocimiento por los servicios que le prestaban los capitanes, y esto fué lo que le ocasionó continuas guerras. Génova se entregó a él, y con Carmagnola, que Felipe les envió para gobernarlos, aprisionaron a Alfonso de Aragón. Envalentonados por esta victoria, se independizaron después de Felipe María.

Felipe María al extender sus dominios se puso en pugna con tres repúblicas: Suiza, Florencia y Venecia. Los suizos, que se habían enemistado con Juan Galeazo por algunos asuntos nimios, ocuparon la Levantina y después de haber hecho jurar fidelidad a los habitantes, se retiraron a sus montañas. Posteriormente, debido al asalto de este territorio por los Sax, volvieron a invadir la Levantina, apoderándose además de Bellinzona. Felipe María se apoderó de la Levantina y en consecuencia los suizos iniciaron las hostilidades contra él. Fueron derrotados en la batalla de Arbedo por Pergola y Carmagnola. Poco después los habitantes de Uri invadieron la Levantina y no se desprendieron más de ella hasta las últimas revoluciones.

Se había convenido con Florencia los límites de influen-

cia de cada parte, pero habiendo el duque violado estas disposiciones, los florentinos le declararon la guerra. Fueron derrotados por los capitanes del duque milanés; pero debido a la versatilidad de este último, Carmagnola se puso en su contra y una fuerte liga se formó para combatirlo, obligándole a una paz vergonzosa. Esta paz indignó a los milaneses, que ofrecieron al duque caballos y soldados para reiniciar las hostilidades. Así siguió la conducta de Felipe María, haciendo la paz y la guerra según el humor de su carácter.

A pesar de que esto puede hacernos aparecer una Italia ensangrentada, no había tal cosa, porque ya hemos visto antes cómo se desarrollaban estos combates; añadiremos aquí en calidad de ejemplo que los ocho mil soldados de Felipe María que Carmagnola tomó prisioneros en la batalla de Maclodio, fueron libertados por el mismo Carmagnola, tratándolos como compañeros; esto lo indispuso con el gobierno veneciano, que le sospechó inteligencia con Felipe. Valiéndose de una celada, consiguieron los venecianos ajusticiarlo.

Esta es, pues, a grandes rasgos la actuación de Felipe María, quien al morir no dejó hijos legítimos y su herencia suscitó numerosos pretendientes. Es en esta época que los Sforza se apoderaron de Milán.

El primer Sforza que vemos actuar es Attendolo Sforza, simple leñador a quien unos sargentos reclutadores de tropas engancharon. Attendolo, para decidirse, tiró el hacha contra un árbol resuelto a permanecer en su profesión si el árbol caía, pero como no logró derribar el árbol del hachazo, empuñó las armas. Su valor hizo que se le llamase Sforza. Tomó gradualmente más fuerza. El rey Ladislao lo tomó a su servicio, lo hizo condestable y le donó siete

castillos. Estando en el poder Sforza, llamó a su lado a todos sus deudos, gente acostumbrada a las vicisitudes y dispuesta a sostenerlo, porque era en interés de ellos mismos.

Después de haber desempeñado un gran papel en las guerras de la baja Italia, se ahogó en el vado de Pescara.

A la muerte de Attendolo Sforza, estaba por diseminarse su ejército; pero su hijo Francisco supo conservar y agrandar el poder de su padre. De inmediato fijó sus miras a mayor campo que el paterno; consiguió que Felipe María le prometiese la mano de su hija Blanca; pero en cuanto vió desaparecido el peligro, Felipe anuló la promesa. Sforza se estableció entonces en Ancona y poco después entró al servicio de los florentinos. Estos habían sido derrotados por Nicolás Picchinino, pero Felipe María manifestó una vez más su perfidia, haciendo aparecer que despedía a Picchinino mandándolo a destruir la Toscana. Es entonces que Florencia llamó a Francisco Sforza; resultando de tal suerte hallarse frente a frente los dos capitanes más célebres representantes de las dos antiguas escuelas guerreras de Attendolo y de Braccio. Como ya lo dijimos, la táctica de Braccio de Montone consistía en pelear en grupos con sus respectivos jefes; la de Attendolo Sforza, al contrario, atacaba en grupo cerrado, ganando en habilidad lo que perdía en fuerza.

Francisco Sforza no dirigía muy fuertemente las operaciones, porque no tenía interés en arruinar un Estado del cual pensaba ser más tarde dueño. Unido esto a la táctica de aquellos tiempos, los perjuicios recaían sobre las regiones en que pasaban los soldados, porque si bien es cierto que éstos no peleaban para matarse, se libraban en cambio a la más desenfrenada rapiña en las ciudades que conseguían invadir.

Picchinino consiguió resonantes victorias y fué adoptado por las familias de Visconti y de Aragón. Y entonces, los demás capitanes de Felipe pretendieron que también se les diesen feudos como a Picchinino. De manera que el duque se encontró en la misma situación que anteriormente, porque la traición que hizo a Sforza fué para que no se hiciera señor, y ahora no era uno sino varios que pretendían serlo; llamó, pues, a Sforza dándole la mano de su hija y los condados de Pontremori y Cremona como dote. La paz que siguió a estos acontecimientos volvió nuevamente a la república a sus antiguos límites.

Nuevamente manifestó su perfidia Felipe María; Francisco Sforza atacó a Alfonso de Nápoles porque éste había ocupado los dominios de su padre, y Felipe, conjurado con el Papa, asedió personalmente a Pontremoli y Cremona, que antes le había cedido; pero asustado por la actitud de Venecia, que mandó ejércitos al territorio de Milán, se reconcilió con su yerno. Es en esta época que falleció Felipe María.

A la muerte de Felipe María, como ya se ha dicho, surgieron varios pretendientes. La casa de Orleans pretendía apoderarse de Milán por los derechos de Valentina Visconti, pero el ducado de Milán no era feudo femenino; menos derechos tenía aún Francisco Sforza, ya que sólo era el esposo de una bastarda de Felipe. En cuanto a Alfonso V de Nápoles, él presentaba un testamento que había hecho en favor suyo Felipe María, pero Milán no era una propiedad que se podía transmitir al antojo de uno.

De manera que ningún pretendiente tenía derechos reales; lo único verdadero era que por el tratado de Constantza, el Milanesado se había reconocido como territorio libre y que habiendo sido concedido el gobierno a los Vis-

contí, desaparecidos éstos, recuperaba su independencia. Esto lo comprendieron los milaneses, que ya estaban desengaños del poder unipersonal, y entonces proclamaron una república ambrosiana, volviendo a poner en vigor el antiguo régimen de las repúblicas que hemos visto anteriormente.

Un soplo de libertad parecía correr en Italia; muchas de las ciudades sometidas al Milanesado se independizaron. Podían haberse constituído, pues, tres repúblicas: Florencia, Venecia y Milán; pero los intereses de cada una eran opuestos. En Florencia, Cosme de Médicis principiaba su gobierno absoluto; en Venecia, el dux Foscari sólo pensaba en conquistas, y en Milán, se había relajado tanto la idea de libertad, que en cuanto aparecía un personaje de carácter fuerte, éste se volvía señor.

El milanesado estaba en condiciones pésimas para seguir siendo república ambrosiana; las disensiones interiores, las exigencias de los capitanes aventureros, las guerras con Venecia, etc., lo conducían rápidamente a su ruina. Los capitanes confiaron entonces la defensa a Francisco; éste venció a los venecianos, pero lejos de hacer aprovechar la victoria a los milaneses, se alió con los vencidos para que le asegurasen los territorios de Felipe María. Ayudado por estos aliados sitió a Milán, que finalmente se entregó.

Francisco Sforza fué un hombre excepcional, tanto por su habilidad política como por su carácter; es unánime en este sentido el juicio de los historiadores. No mostró renor a sus enemigos, y una a una sujetó a todas las ciudades belicosas. Pero de todos modos, no era tan seguro como lo parece su poder, porque el pueblo todavía tenía recuerdo de su antigua libertad. Francisco quería construir una ciudadela en Milán, pero temeroso de que despertara desconfianza, se encargó de persuadir al pueblo de que

era necesaria para la seguridad y defensa de la ciudad. A pesar de que algunos de claras ideas entrevieron el peligro, el pueblo suplicó a Francisco que la edificara, y así se hizo, teniendo desde entonces Milán el más gran castillo de Italia.

Políticamente, también tuvo mucha habilidad; supo conservar su título frente al emperador Federico III; un doble enlace lo unió con familias reales, otras uniones con otros señores de Italia y ayudó a los genoveses a arrojar a los franceses.

Francisco, que había subido al poder por las armas, una vez en el mismo las abandonó, y su política fué semejante a la de Cosme de Médicis.

Hay que reconocer también que, por otra parte, no encontró contrariedades; su mujer era bella y virtuosa, sus hijos graciosos como angelitos. Pocas veces estuvo enfermo y en general vió cumplidos todos sus deseos. Era calmoso y afable en su hablar, y esta es una cualidad que todos celebraron en él. Una prueba de su inteligencia es el haber dado a sus hijos la educación que a él le faltaba. Su hija Hipólita pasaba por ser una erudita, y él mismo, sin ser entusiasta por la poesía, veía con agrado la compañía de los poetas y los artistas. Puede decirse que Francisco Sforza fué el último de los *condottieri*, pues en esta época los príncipes son bastante ricos y poderosos para tener sus soldados propios. El amor a las artes y a las letras ocupaban ya a los príncipes y a los pueblos, substituyendo en algo las ideas de guerra. Las consideraciones que en otros tiempos sólo se concedían a los capitanes, se extendieron a los artistas. Francisco Sforza concibió el pensamiento de reunir a Italia en una confederación para rechazar los extranjeros y pacificarla; esta fué la idea que en la estipulación de Lodi se hizo bajo los auspicios de fray Simonete

de Camarino entre Francisco Cosme de Médicis, los señores de Saboya, de Montferrato, de Módena, de Mantua, las repúblicas de Venecia, Siena, Luca, Boloña, el rey Alfonso y el Papa.

En 1466 sube al poder Galeazo María Sforza, que se separó por completo de la conducta paterna. De espíritu ambicioso y de bajos sentimientos, se alió con los florentinos y envenenó a su prudente madre Blanca. Se trasladó a Florencia con su mujer Bonna de Saboya con un lujo sorprendente. Para no ser menos, los Médicis pagaron todos los gastos de ese séquito, dando tres representaciones sagradas.

A este funesto amor al lujo y a la crápula, se unía la más profunda de las crueidades; su mayor placer era violar las mujeres y gozar después de la desesperación de los padres y maridos. Una de estas hazañas ocasionó su muerte; había desflorado a la hermana de Jerónimo Olgiato, y éste, para vengarse organizó una conspiración y por estos conjurados fué asesinado Galeazo en la iglesia de San Esteban. Estos conspiradores, al obrar así, creían haber hecho una gran obra en favor de la libertad, y haber obrado conforme con los mandamientos de Dios; tan es así, que asistieron a las misas anteriores a la de la muerte de Galeazo para rogar a Dios los ayudase en la empresa.

El pueblo enfurecido, asesinó a los conjurados; reconociendo a su hijo Juan Galeazo, de ocho años de edad; pero la tutela fué confiada a Bonna de Saboya, quien gobernó como regente teniendo como consejero a Cicco Simonetta. Este gobierno satisfacía al pueblo, pero los tíos del menor, inspirados en el éxito que había obtenido Francisco Sforza, trataron de apoderarse del poder de igual



manera. El principal de ellos fué Ludovico el Moro; aunque Cicco Simonetta era habilísimo y supo mantener su poder, Ludovico se valió para obtener sus fines de la intriga, enemistando al favorito de Bonna de Saboya con Cicco Simonetta. Posteriormente fué muerto Cicco Simonetta y expulsada Bonna de Saboya, tomando el poder Ludovico el Moro en nombre de su sobrino. Pero Ludovico quería el poder para él y no ejercerlo a nombre de su sobrino; pero para legitimar esa usurpación era necesario valerse de algún acontecimiento que así lo hiciese. Es entonces que Ludovico abre las puertas de Italia a los franceses, que habían de ser más tarde su perdición.

Expedición de Carlos VIII

Merece un estudio especial este acontecimiento histórico, por las consecuencias que tuvo en las repúblicas italianas. Estas consecuencias las veremos en el desarrollo que haremos de la expedición de Carlos VIII.

Es necesario también examinar el estado del Milanesado en esta época, porque Ludovico el Moro — así llamado a causa del color tostado de su piel o porque tenía un morral en sus armas — fué en gran parte la causa de esta invasión. El ducado de Milán era vastísimo en ese entonces; comprendía los territorios de Cremona, Pampa, Pavía, Como, Sodi, Plasencia, Novara, Alejandría, Tortona, Bobbio, Savona, Albenga, Vintimilla y Génova; territorios que producían una renta de seiscientos mil ducados.

Ludovico el Moro que, como ya hemos dicho, gobernaba a nombre de su sobrino Juan Galeazo, se apoyaba en el partido gibelino, pero habiéndosele declarado adverso, Ludovico el Moro lo rechazó y se apoderó además de Pavía, en la cual estableció su absoluta autoridad. Ya se ha visto

que el gran obstáculo para Ludovico el Moro era su sobrino; obstáculo, porque no sólo hubiese sido mal vista una usurpación en tiempo de paz, sino también porque Juan Galeazo era nieto del rey de Nápoles, quien indudablemente se iba a oponer a que su nieto fuese despojado de sus propiedades. Era, pues, necesario para Ludovico el Moro crear una situación que le permitiese satisfacer sus ambiciones personales. Esto es lo que vamos a analizar a continuación.

Los príncipes italianos se sentían amenazados por los herederos franceses de la casa de Anjou, y quisieron confederarse. Para tal objeto, Ludovico el Moro propuso que los embajadores de cada príncipe se encontraran en Roma en cierto día — día en que debían presentar las felicitaciones al pontífice — que tomase la palabra en nombre de ellos el rey de Nápoles para hacer conocer a todo Europa esta alianza.

Ludovico el Moro no tardó en comprobar que Pedro de Médicis se unía al rey de Nápoles, quien acusaba a Ludovico el Moro de tener a su nieto reducido a la última miseria; por otra parte, Alejandro VII adulaba a dicho rey, porque quería que éste le diese una hija natural que tenía en matrimonio a su hijo, pero como vió que el citado rey se dedicaba a fomentar desórdenes en Roma, se aproximó a Ludovico el Moro, quien se había aliado con Venecia y había conseguido del emperador Maximiliano la investidura de duque. Pero Ludovico el Moro, que al decir de Comines, «era hombre muy juicioso, pero muy tímido y muy sumiso cuando tenía miedo, y hombre sin fe cuando veía provecho en romperla», sólo confiaba en hechos positivos y no en promesas y buscó un nuevo apoyo en la casa real de Francia, casa con la cual se hallaban emparentados los duques de Milán por varios matrimonios.

No referiremos toda la historia de Carlos VIII, sino sólo lo necesario para relacionarlo con Italia. Carlos VIII había tenido una educación completamente descuidada, tan descuidada que ni siquiera sabía leer ni escribir; su elevación al trono fué brusca; humillado por esta inferioridad, se dedicó desordenadamente a instruirse; apenas supo leer se enamoró de César y de Carlomagno y quiso ser un igual de ellos, pero le faltaba para eso genio para combinar vastas empresas y la constancia en los reveses.

Mientras tanto, en Francia gobernaba su hermana Ana de Beaujeu, que ejercía un poder tiránico.

Carlos VIII se casó con Ana de Bretaña, heredera de este gran ducado, y este casamiento le indispuso con el emperador Maximiliano, cuya hija le estaba prometida. Siguió a esto una guerra en la cual intervinieron Inglaterra y dicho emperador, y aunque Carlos VIII no perdió esta guerra, por su poca habilidad deshizo la obra de unidad que había hecho su padre.

El motivo directo de la intervención de Carlos VIII en Italia fué que el último heredero de la casa de Anjou había legado sus derechos a Luis XI, padre del rey que nos interesa, y consecuente con estos derechos y con su ambición, Carlos VIII quiso hacerlos valer sobre Nápoles y Constantinopla.

Ludovico el Moro se encargó de demostrar la facilidad de la empresa a Carlos VIII; él le daría paso por Génova y Lombardía, además de ayudarlo en toda forma; el Papa le debía ser favorable por la enemistad que se había creado entre él y el rey de Nápoles por el matrimonio al cual nos hemos referido ya; los florentinos no se opondrían, porque las principales factorías las tenían en Francia. Todos estos son antecedentes que decidieron a Carlos VIII a llevar a cabo la expedición que veremos. También es nece-

sario hacer notar que todos los señores italianos pensaban retirar alguna ventaja de dicha expedición; Juan Galeazo esperaba que lo libertasen del yugo de Ludovico el Moro, los florentinos pensaban emanciparse de los Médicis, Alejandro VI en dar un principado a su familia, los napolitanos libertarse de los extranjeros y, por fin, los venecianos en sobreponerse a la casa de Aragón.

Sin embargo, los cálculos de Ludovico el Moro no eran del todo exactos; nos referimos a la enemistad que él había demostrado existir a Carlos VIII entre Fernando de Nápoles y el Papa, porque Fernando atrajo al Papa a su partido realizando el matrimonio que deseaba Alejandro VI.

La expedición de Carlos VIII se reducía a un turba de miserables, la mayor parte de los cuales tenían la espalda marcada y las orejas cortadas; para esconder este defecto era que llevaban el cabello y la barba muy largos. Pero su organización era buena y contaba con buenas piezas de artillería y la táctica no era la italiana de pelear a empuñones, sino que en realidad peleaban para matarse. Ya dijimos que la batalla de Rapallo, en la cual hubo cien muertos, fué considerada como una horrible carnicería.

La primera entrada de Carlos VIII en Italia no encontró ninguna oposición; llegó a Pavia y encontró a Juan Galeazo, individuo completamente pusilánime, cuyo único recurso era suplicar la bondad del príncipe; pero Ludovico el Moro que se había adelantado conociendo la debilidad del rey le había presentado varias damas milanesas muy hermosas... y un buen día Juan Galeazo murió de una «fiebre venenosa» y Ludovico tomó el nombre de duque a ruego de los milaneses.

Los señores franceses indignados, quisieron que Carlos VIII atacara a Ludovico el Moro, pero éste prefirió seguir su empresa adelante. Esta es, pues, la primer consecuencia

importante de la expedición esa; la idea de traer los franceses a Italia fué un gran error de Ludovico el Moro como lo comprueban los acontecimientos posteriores; ya en esta ocasión poco faltó para que las armas francesas se volvieran contra él.

Ludovico el Moro era un individuo de carácter especial, a su reputación en Italia se agregaba sus excelentes relaciones con los monarcas de Francia y de Alemania. Era de un orgullo enorme, no consideraba a estos monarcas como superiores a él, ni tampoco como aliados, sino más bien como subalternos. Tenía una gran fe en su propia estrella además de ser muy supersticioso y antes de emprender cualquier empresa consultaba los astros. Era muy instruído; se puede decir casi que era un erudito, y a la edad de once años ya había escrito de su propia mano dos alocuciones latinas; con los artistas y los hombres de letras no trataba de igual a igual, sino como príncipe. Ludovico el Moro apreciaba grandemente los artistas y el arte; Bramante y Leonardo da Vinci residieron cierto tiempo en su corte.

Confiaba en su habilidad política para poder dirigir a su antojo los negocios de la Italia y tenía un concepto desmedido de sus propias facultades. Después de haber sido derrotado y aprisionado por Luis XII, permaneció diez años encerrado, y sin embargo conservó éste gran idea de su habilidad y en su testamento, que se ha descubierto hace mucho tiempo, pretende desde el fondo de su prisión dar consejos y arreglar los destinos del mundo.

Las tropas francesas asesinaban e incendiaban en todos los lugares por donde pasaban; Pedro de Médicis no se atrevió a resistirlas y acordó la paz en condiciones completamente desfavorables, que hacían perder a Florencia gran parte de su territorio; por eso es que Pedro de Médicis fué expulsado a pedradas por los florentinos.

Prosiguiendo su camino, Carlos VIII libertó a Pisa del yugo florentino. Carlos VIII pretendió tratar a Florencia como plaza conquistada, pero fué intimidado por la actitud de los florentinos, cosa que es agradable de constatar porque nos demuestra que Florencia tenía todavía sus ideas de libertad y que pudieron sus habitantes pasarse de los Médicis para salir airados de esa situación política.

Llegó después Carlos VIII a Roma y el Papa Alejandro VI se congració con él entregándolo al príncipe Zizim que tenía derecho al trono otomano, pero Alejandro VI lo hizo envenenar antes de entregárselo.

Carlos, más feliz que otros famosos guerreros, había venido sin ver al enemigo, por cuanto después de haber permanecido un mes en Roma y dirigirse hacia Nápoles que era el objeto de su conquista, Alfonso aterrorizado por las desvastaciones del ejército francés y por la conciencia de su poca fuerza, se hizo fraile y su hijo Fernando se retiró a la isla de Iscia.

Esta expedición, que tan venturosamente se inició y desarrolló, había de concluir con una fuga precipitada hacia Francia. Los franceses habían incurrido en una aversión general en toda Italia. Ludovico el Moro se sentía inquieto porque temía que el duque de Orleans hiciera valer sus derechos sobre el milanesado, también lo molestaba el hecho de que Jacobo Trionezio, enemigo suyo y los desterrados de Génova habían adquirido mucha influencia con Carlos VIII. Fernando el Católico veía con temor un posible renacimiento de las pretensiones de la casa de Anjou a la de Sicilia y en cuanto al emperador Maximiliano, se le había violado sus derechos imperiales sobre Italia. Alejandro VI en vez de dar a Carlos VIII la investidura de Nápoles que le reclamaba, lo entretenía con palabras. Finalmente, Venecia aprovechó esta circunstancias para hacer una liga

con todos estos descontentos, liga a la cual Carlos VIII no pudo disolver, a pesar de sus insistencias.

Volvió Carlos VIII a Francia dejando un virrey en Nápoles y un gobernador en las demás plazas conquistadas. Por todas partes encontró enemigos y cuando llegó Fornuo se encontró con los confederados italianos que le libraron la batalla de este nombre en julio de 1495, debido a la mejor organización de las tropas francesas y también debido a la habilidad de Trivulzio, consiguió derrotar a los confederados. Para epilogar esta fuga, Luis de Orleans, que había invadido el Milanesado para hacer valer sus tan discutidos derechos, fué sitiado en Novara, y sólo las negociaciones con Carlos VIII consiguieron libertarlo y en el sud de Italia, Fernando II volvió a Nápoles viéndose obligada a capitular la guarnición francesa.

Expedición de Luis XII. Fin de Ludovico el Moro

Carlos VIII murió a los ventiocho años y le sucedió en el trono de Francia Luis XII. Este rey, diferenciándose por completo de sus antecesores, se apoyó en el pueblo y se le llamó « padre de los villanos ». Sus intenciones eran apoderarse de las dos Sicilias, Jerusalén y Milán.

Ludovico el Moro había adquirido una potencia mayor que la de los otros príncipes italianos y es en estos momentos que su gobierno llega a su apogeo. En Florencia se oía cantar algunos versos como éstos : « Cristo en el cielo y el Moro en la tierra — sólo sabe el fin de esta guerra. » Ludovico el Moro llamó a su corte a los sabios historiadores, a los poetas afamados; fundó escuelas, un teatro y una Academia de bellas artes y ciencias.

Los venecianos reconocieron como duque de Milán al

rey de Francia. Ludovico el Moro no tenía mucho apoyo, porque Trivulzio era su enemigo mortal, su general San Severino lo había abandonado; Maximiliano, llamado «de poco dinero» estaba ocupado con los suizos, solo Bajaceto mandó a Italia el bajá de Bosnia que asoló el país.

Por eso, cuando los franceses bajaron a Italia al mando de Trivulzio, fueron bien recibidos y Ludovico el Moro tuvo que fugarse a Alemania apoderándose Luis XII de Milán.

Entre tanto, las tropas de Trivulzio, que como en la expedición anterior se portaba malamente, fueron odiadas y cuando Ludovico el Moro, que se había munido de buen número de soldados suizos volvió a Milán, fué recibido a brazos abiertos. Pero Luis XII, consiguió atraer también los suizos a su partido y cuando los suizos de Ludovico el Moro se encontraron frente a los suizos de aquel rey se negaron a combatir, alegando que Ludovico el Moro los había contratado a ellos individualmente, mientras que Luis XII lo había hecho con la Confederación suiza y que por otra parte no podían combatir contra su bandera. A duras penas consiguió Ludovico el Moro que le permitiesen tratar de escapar disfrazado; los suizos se lo permitieron y se negaron a satisfacer el pedido de Ludovico el Moro de que lo sustuviesen hasta que le llegasen refuerzos italianos. Salió Ludovico el Moro disfrazado con la guarnición suiza, pero fué reconocido y hecho prisionero. Luego fué encerrado en Loches donde permaneció prisionero los diez últimos años de su vida.

Con la desaparición de Ludovico el Moro, el Milanesado deja de ser el estado brillante e independiente en la política italiana para volverse un campo de batalla de las tropas francesas, imperiales, españolas y de los demás estados italianos y los suizos.

Sin duda alguna, las dos figuras descollantes de la política y del gobierno en Milán durante el Renacimiento fueron Francisco Sforza y Ludovico el Moro. Ambos fueron muy admirados por los italianos y los extranjeros. Si diéramos hacer una comparación entre ellos, nos inclinaríamos a favorecer a Francisco; pero no dejemos de reconocer que Ludovico el Moro no tuvo la facilidad de Francisco en las empresas que pretendió llevar a cabo. De cualquier manera, siempre permanecerá Ludovico el Moro como un prototipo del gobernante italiano durante el Renacimiento.

Acabamos de decir que después de la caída del Moro, el Milanesado se volvió un verdadero campo de batalla. Este concepto debemos extenderlo en general a todo el norte de Italia y a la Lombardía en particular. La Lombardía fué la puerta de entrada de los franceses en Italia, así también como la de los suizos y del emperador. Triste es el destino de Italia desde que sobrevienen en su territorio las tropas extranjeras. A más de los pillajes de esas tropas se unen los de las italianas y las depradaciones de cada jefe. Estas desgracias habían de culminar en escenas bárbaras y salvajes con el saqueo de Roma bajo Clemente VII. Una breve síntesis de los acontecimientos que sucedieron en el Milanesado nos probará la verdad de nuestra afirmación.

Después de la caída de Ludovico el Moro la Lombardía excepto Cremona perteneció a los franceses que se dejó a los venecianos. Luis XII dejó en Milán a Trivulzio, pero éste irritó de tal manera a los milaneses que tuvo el rey que reemplazarlo. Luis XII solicitaba del emperador Maximiliano — ese pobre emperador, pobre de dinero y de juicio, que con sus pretensiones y aventuras contribuyó a ensangrentar y empobrecer a Italia — la investidura del ducado de Milán, pero el emperador se la rehusaba constantemen-

te, de suerte que Luis XII ocupaba a Milán únicamente por el derecho de las armas. Por fin, después del tratado de Blois el emperador se decidió a abandonar Milán a Francia mediante 20.000 florines al año y un par de espuelas de oro. El poder del rey de Francia sobre Milán no era sin embargo exento de peligros, pues constantemente los suizos tenían los ojos puestos sobre él. Los suizos que en una ocasión habían sido insultados por el rey, diciendo éste que no quería asalariar rústicos, invadieron en 1510 la Lombardía, llegando hasta las puertas de Milán y saqueando todo a su paso.

Después de la batalla de Ravena una partida de suizos entró nuevamente en Italia y se apoderó de Milán dando el poder a Maximiliano Sforza, hijo de Ludovico el Moro. Pero Maximiliano tuvo que desmembrar a sus dominios para satisfacer los pedidos de dinero de los suizos quedándose éstos además con Bellinzona. Para recompensar Maximiliano a sus amigos cedió varias porciones de territorio viéndose obligado a exigir contribuciones enormes del pueblo.

Luis XII no aceptó sin embargo sus pérdidas en la Lombardía sin tratar de repararlas y en 1513 recobra a Milán, pero tampoco estaban los suizos decididos a dejarse quitar el ducado de Milán que era una hechura suya. Volvieron pues, en la Lombardía y en Novara hicieron sufrir a las tropas del rey de Francia una derrota enorme, de tal manera volvía Sforza en los dominios que los extranjeros conquistaban para él.

En ese momento, fallece Luis XII. Se ha dicho de este rey que fué una excelente política la suya al hacer la guerra a las repúblicas italianas, porque de no haberlas dividido así hubieran acabado por perjudicarle a él. Aun así, no debemos olvidar la mala conducta de este rey que detu-

vo encerrado durante diez años a Ludovico el Moro y llevó a cabo la liga de Cambrai con una inútil crueldad.

Cuando Francisco I se coronó, se hizo proclamar duque de Milán, y aunque consiguió varias alianzas no pudo atraerse los suizos que detenían a esa ciudad. Emprendió, pues, la marcha Francisco I, para recobrar su ducado y otros más. Los suizos excitados por el cardenal de Sión — aliado de Julio II — se fortificaron en Italia. Los milaneses estaban como simples espectadores en la contienda, aun cuando el ministro de Sforza, Morone, trataba de despertar en ellos un ardor patriótico. Los suizos sufren aquí el primer descalabro de su historia mercenaria, la batalla de Marignan (1515), y Sforza encerrado en su castillo, tuvo que capitular mediante 30.000 escudos de oro de pensión. Fué llevado a Francia y tuvo el mismo fin que su padre Ludovio el Moro. Entró Francisco I en Milán y como los suizos ya estaban amilanados por la primer derrota sufrida no presentaban peligro, dejó en Milán al condestable de Borbón y después a Lautrecht; fué tal la envidia del anciano Trivulzio, que cayó en la desgracia del rey. Sin embargo, se le contestaba Milán al rey. Francisco Sforza, hijo también de Ludovico hacía valer sus derechos y el rey Fernando, temiendo que Francisco I se dirigiese al Sur de Italia a conquistar sus dominios pagaba al emperador para que molestase al rey. Pero muere Fernando y en el tratado de Noyon que se hizo entre su sucesor y Francisco I se estipuló un arreglo. El rey, por otra parte, ya había hecho un convenio con los suizos. Solo Maximiliano siguió amenazando a Milán pero terminó por adherirse al tratado de Noyon.

No tuvo Milán la tranquilidad por mucho tiempo. Carlos V no era querido por los italianos, por varias razones,

como emperador, como flamenco y como español, así es que querían a Francisco I. A Próspero Colonna, capitán del Papa León X opuso el rey a Odet de Lautrec, guerrero insensible a la avaricia y la luxuria pero que no aceptaba ningún consejo. El Milanesado era tratado como territorio conquistado. Jerónimo Morave, patriota infatigable se dedicaba en Milán a conspirar contra los franceses y tanto hizo que los pueblos se sublevaron; habiéndose negado los suizos a combatir pretextando que en el bando adverso habían compatriotas de ellos — esto mismo hicieron con Ludovico el Moro, — Lautrec tuvo que abandonar Milán apoderándose de la ciudad de Colonna. Se libró un saqueo de diez días. Francisco I para socorrerlo decidió remitirle dinero, pero el dinero fué robado por su madre Luisa de Saboya — por envidias de mujeres — y Lautrec, no pudiendo pagar a los suizos los tuvo contra él. Se vió obligado a librarse batalla en Bicoca donde fué vencido por Colonna y se vió obligado a abandonar la Lombardía. Volvió, pues, Francisco Sforza a Milán pero estaba tan dividido el poder que cualquiera se atrevería a desobedecerle. Las futuras acciones del rey de Francia en Lombardía no tuvieron éxito, pero los vencedores — mandados por Lannoy y el condestable de Borbón — tuvieron que retirar sus tropas a la Romaña pues no tenían medios de subsistencia en la Lombardía.

Pocos hechos más relataremos para demostrar el triste estado en que se hallaba Milán. Siendo Papa Clemente VII, Milán volvió a caer en manos de los franceses y el gobierno fué confiado a Trémouille. Carlos V se apoderó luego del Milanesado. La coronación de todo este enorme laberinto político, fué una desgracia para Italia, el saqueo de Roma sólo comparable al que se produjo en los tiempos de las invasiones bárbaras.

Nápoles y Sicilia

Interesante y muy provechoso es el estudio de estas dos regiones de Italia, porque ello nos explicará muchas de las modalidades de los italianos del Renacimiento, que no tuvieron su origen en Italia, sino en España. Es por Nápoles que se introdujeron la mayoría de los españoles en Italia — sin descartar el origen español de los Borgias que siempre tuvieron inclinaciones para atraer sus compatriotas en los lugares donde llegaron a dominar — y desde Nápoles se esparcieron por toda Italia, en la cual dejaron profundas huellas de su carácter. Desde luego, fué en Nápoles donde más se notó esa influencia.

La historia de Nápoles y Sicilia, podríamos haberla titulado siempre con exactitud historia de Nápoles, porque como se verá, Sicilia llegó a ser una simple provincia, de la casa española, y su historia a partir de cierto momento no ofrece mayor interés.

Otra característica que debemos anotar en Nápoles, además de su aspecto españolizado, es el régimen particular que la casa de Aragón introdujo en la política de ese estado, régimen eminentemente feudal, hecho que contrasta con los demás estados italianos, porque ese régimen había desaparecido de ellos, así como también de la mayoría de los países de Europa.

Iniciaremos la descripción de los acontecimientos en el reino de Nápoles con Roberto de Anjou. No consideraremos mayormente a los Anjou por las razones de la influencia española que son las que más directamente nos interesan. El reino de Nápoles parece un mar borrascoso en el cual actúan violentamente los barones. Los Anjou habían llegado a Nápoles llamados por el Papa, habiendo ocupado an-

teriormente el poder los Hoenstaufen, siendo el último de éstos, Conrado (1268). La mala política de Carlos I de Anjou y de sus sucesores fué un manantial de desgracias. Carlos pronto se hizo odiar del pueblo, y de allí que empezase las facciones de los barones que más tarde tantos trastornos habían de causar. Roberto había sucedido a Carlos II el Cojo, sucesor de Carlos I. Al morir Roberto toma el trono Juana I. El marido de ésta, Andrés — ambos eran menores — quiso ser consagrado ante de la mayoría, y lo consiguió; por otra parte, veía con poco agrado las libidinosas andanzas de su mujer con Luis de Tarento. A ciencia cierta, no se puede decir si Juana I tuvo o no participación en la muerte de su esposo; pero el caso es que éste fué arrojado por una ventana del palacio después de haber sido estrangulado. Esto le atrajo a Juana I un sinnúmero de tribulaciones, teniendo que huir de sus dominios, volviendo nuevamente. Habiendo muerto Luis de Tarento, Juana I se casó con Jaime de Aragón, rey de Mallorca, pero éste no convivió con ella ninguna participación en el poder y no la hizo madre.

En vista de esto, Juana I adoptó para sucederle a Luis de Anjou ; el pueblo irritado la mató.

El poder a su muerte, lo detenía Carlos III a quien en vano trató de quitárselo Luis de Anjou.

Le sucedió legítimamente su hijo Ladislao, pero el partido francés de Nápoles elegía a Luis II, hijo del duque, que en vano había tratado de apoderarse del poder de Carlos III. Hubo una serie de revueltas al final de las cuales fué coronado Luis II, que a los nueve años tuvo que entregar el mando a Ladislao (1390).

Este príncipe fué un audaz conquistador. Se hizo nombrar rey de Hungría. Se apoderó de Roma, y después de